



THE STRONG

THE STRONG

Laura y David Websters son dos yuppies del siglo XXI, cuyas ansias de progresar están tamizadas por su lealtad a la empresa a la que pertenecen, Rizome, que como todos los grandes imperios comerciales que dominan el mundo, se ha convertido en un benévolo patriarcado a la japonesa, familiar y protector hacia sus empleados.

El término de la guerra fría y la abolición de los arsenales nucleares ha alejado definitivamente de la Tierra la amenaza apocalíptica de un holocausto global; pero la omnipresencia de la informática y la instantaneidad de las comunicaciones a través de la Red global han visto la eclosión de otro fenómeno: los piratas de datos, instalados en paraísos como la isla de Granada o Singapur, que dominan por completo el mundo de la información.

Y así, tras una reunión secreta en el Albergue de Laura y David de los tres grupos más importantes de piratas de datos en un intento de conciliación proporcionado por Rizome, y el asesinato de uno de ellos, Laura y David se verán lanzados a una epopeya que los llevará primero a la isla de Granada, luego al Sudeste de Asia y finalmente a África, en busca de un medio de evitar que la información global se convierta no en un medio hacia una mayor libertad, sino en otra arma mortal.

1

El mar se extendía rielante y tranquilo, una extensión verde arcillosa de cálido lodo. Los botes langostineros pescaban a la rastra en el horizonte.

Los pilotes se alzaban arracimados, como dedos ennegrecidos, a unos metros mar adentro en la suave resaca. Las casas de la playa de Galveston se habían acurrucado sobre estos zancos embreados. Los percebes se arracimaban ahora allí, las gaviotas trazaban círculos y chillaban. Éste tranquilo golfo de México era un gran alimentador de huracanes.

Laura consultó la hora y la distancia con una rápida mirada hacia abajo. Los indicadores verdes destellaban en las puntas de sus zapatos, parpadeando con cada zancada, contando el metraje. Laura aceleró el paso. Las sombras matutinas cruzaban estroboscópicamente su cuerpo mientras corría.

Pasó el último de los pilotes y divisó su casa, a lo lejos en la playa. Sonrió mientras la fatiga se evaporaba en un arder de energía.

Todo parecía valer la pena. Recobró nuevo aliento y tuvo la sensación de que podía correr eternamente, notó una promesa de indestructible confianza burbujear desde lo más profundo de su médula. Corrió con una facilidad animal, como un antílope.

La playa saltó hacia arriba y la abofeteó.

Por un momento Laura permaneció tendida, desconcertada. Alzó la cabeza, luego recuperó el aliento y gruñó. Tenía la mejilla sucia de arena, los codos entumecidos por el

impacto de la caída. Sus brazos temblaron cuando se alzó de rodillas. Miró a sus espaldas.

Algo se había enredado en su pie. Un trozo de negro y semimondado cable eléctrico. Arrojado a la playa junto con otros restos por el huracán, enterrado en la arena. El cable se había enrollado en su tobillo izquierdo y la había arrojado al suelo tan limpiamente como un lazo.

Se dio la vuelta y se sentó, con la respiración entrecortada, y con una sacudida del pie separó el suelto cable de su zapatilla. La piel segada encima del calzado apenas empezaba a sangrar, y la primera y fría impresión cedió paso a un ardiente escozor.

Se levantó y arrojó a un lado la tambaleante debilidad; se sacudió la arena de su mejilla y brazos. La arena había rayado la pantalla de plástico de su relófono. La correa en su muñeca estaba llena de granos de arena.

—Estupendo —dijo Laura. Una retardada oleada de rabia barrió sus fuerzas. Se inclinó y tiró fuertemente del cable. Un metro de arena húmeda se alzó ante ella.

Miró a su alrededor, en busca de un palo o algún trozo de madera con el que cavar. La playa, como de costumbre, estaba llamativamente limpia. Pero Laura se negó a que aquella sucia trampa pudiera hacer caer a algún turista. No podía permitirlo..., no en su playa. Se arrodilló testarudamente y cavó con las manos.

Siguió el raído cable hasta quince centímetros de profundidad, hasta la descascarillada esquina de un electrodoméstico. Su madera plástica de imitación se desmoronó granulosa bajo los dedos de Laura, como una vieja loseta de linóleo. Pateó varias veces el muerto aparato para soltarlo de su prisión. Luego, gruñendo y tirando, lo extrajo de su húmeda cavidad de arena. Cedió reacio, como un diente podrido.

Era una videgrabadora a casetes. Veinte años de arena, agua y sal la habían convertido en una sólida masa de

corrosión. Una densa masa de arena y conchas rotas fluyó del vacío depósito de la casete.

Era un modelo antiguo. Pesado y de torpe manejo. Cojeando, Laura lo arrastró tras ella por su cordón. Miró playa arriba en busca del cubo de la basura.

Lo descubrió haraganeando cerca de un par de pescadores que, con botas altas hasta los muslos, permanecían metidos en las suaves olas. Llamó:

—¡Cubo de la basura!

El cubo giró sobre sus anchas orugas de caucho y rodó hacia la voz. Husmeó la playa durante su avance, cartografiando su camino con estallidos de infrasonido. Descubrió a Laura y se detuvo, rechinante, a su lado.

Laura alzó la muerta videograbadora y la dejó caer en el barril abierto con un fuerte sonido resonante.

—Gracias por mantener limpias nuestras playas —entónó el cubo de la basura—. Galveston aprecia a los buenos ciudadanos. ¿Quiere registrar su nombre para su recompensa en efectivo?

—Deja esto para los turistas —murmuró Laura. Echó a andar hacia su casa, masajeándose el tobillo.

Su casa se alzaba por encima de la línea de la marea alta sobre veinte puntales color arena.

El Albergue era un liso semicilindro de densa arena conglomerada, más o menos del color y la forma de una hogaza de pan un poco quemada. Una torre redonda de dos pisos se alzaba en su centro. Enormes arcos de cemento la mantenían a cuatro metros por encima de la playa.

Un amplio pabellón a franjas rojas y blancas proporcionaba sombra a las paredes del Albergue. Bajo el pabellón, una amplia pasarela de madera blanqueada por el sol rodeaba el edificio. Detrás de la barandilla de la pasarela, la luz del sol matutino brillaba en las puertas de cristal de media docena de habitaciones para huéspedes, que miraban al éste, hacia el mar.

Un trío de chicos que se alojaban allí en aquellos momentos estaban ya fuera en la playa. Sus padres eran de una de las firmas Rizome canadienses, y estaban todos de vacaciones por cuenta de la compañía. Los chicos llevaban trajes de marinero azul marino y sombreros Fauntleroy del siglo XIX con cintas colgando. Las ropas eran un recuerdo del distrito histórico de Galveston.

El chico mayor, de diez años, corrió directamente hacia Laura, sujetando sobre su cabeza un largo palo de madera. Tras él, una cometa eoloesculpida saltó de brazos de los otros, liberando ala tras ala pintadas en azules y verdes pastel. Una vez libre, cada aerodeslizador aleteó y cobró forma, atrapó el viento, y echó a volar por sí mismo. El chico de diez años frenó su marcha y se volvió, luchando contra el tirón. La larga cometa onduló como una serpiente, con movimientos misteriosamente sinuosos. Los chicos gritaron con alegría.

Laura alzó la vista hacia el piso superior de la torre del Albergue. Las banderas de Texas y del Grupo de Industrias Rizome ascendieron por el asta de la torre. El viejo señor Rodríguez las saludó brevemente con la mano, luego desapareció detrás del plato del satélite. El viejo estaba haciendo los honores como de costumbre, iniciando un nuevo día.

Laura subió cojeando las escaleras de madera hasta la pasarela. Empujó las pesadas puertas del vestíbulo delantero. Dentro, las recias paredes del Albergue todavía conservaban la frialdad de la noche. Y el alegre olor de la cocina tex-mex: pimientos, harina de maíz y queso.

La señora Rodríguez no estaba todavía en el mostrador de recepción..., solía levantarse tarde, no era tan activa como su esposo. Laura cruzó el vacío comedor y subió la escalera de la torre.

La trampilla de la torre se abrió cuando se acercó a ella. Emergió a través del piso inferior de la torre a una sala de conferencias circular alineada con moderno equipo de ofici-

na y acolchados sillones giratorios. Tras ella, la trampilla se cerró obedientemente.

David, su esposo, se hallaba echado en un diván de mimbre, con la niña pequeña sobre su pecho. Ambos estaban profundamente dormidos. Una de las manos de David descansaba cómodamente sobre la espalda del pijama de la pequeña Loretta.

La luz de la mañana penetraba a través de las gruesas ventanas redondas de la torre y cruzaba la estancia con sus inclinados rayos. Proporcionaba un extraño resplandor renacentista a sus rostros. La cabeza de David estaba apoyada en un almohadón, y su perfil, siempre sorprendente, parecía el de una moneda de los Médicis. El relajado y pacífico rostro de la niña, con su piel como damasco, era perturbadoramente fresco y limpio. Como si hubiera caído al mundo procedente de un envoltorio de celofán.

David había pateado un cobertor de lana hasta convertirlo en una pelota a los pies del diván. Laura lo extendió cuidadosamente sobre sus piernas y la espalda de la niña.

Tomó una silla y se sentó a su lado y estiró las piernas. Una oleada de placentera fatiga la inundó. La saboreó durante un rato, luego dio un suave golpe al desnudo hombro de David.

—Buenos días.

Él se agitó. Se sentó, sujetando a Loretta, que dormía con la omnipotencia propia de los niños pequeños.

—Ahora duerme —dijo—. Pero no a las tres de la madrugada. La medianoche del alma humana.

—La próxima vez me levantaré yo —dijo Laura—. De veras.

—Demonios, deberíamos ponerla en la habitación con tu madre. —David se apartó el largo pelo negro de sus ojos, luego bostezó ante sus nudillos—. Anoche soñé que veía a mi Personalidad Óptima.

—Oh —dijo Laura, sorprendida—. ¿Y qué aspecto tenía?

—No lo sé. Más o menos el que esperaba, por lo que leí sobre ella. Flotante y brumosa y cósmica. Yo me encontraba de pie en la playa. Desnudo, creo. El sol estaba saliendo. Era algo hipnótico. Noté esa enorme sensación de exaltación total. Como si hubiera descubierto algún elemento puro del alma.

Laura frunció el ceño.

—Supongo que no creerás de veras en esas tonterías.

Él se encogió de hombros...

—No. Ver tu PO... es una moda. Como la gente que acostumbraba ver OVNIs, ¿recuerdas? Hay un tipo en Oregón que dice que ha tenido un encuentro con su arquetipo personal. Muy pronto, todo el mundo y hasta su hermano estará teniendo visiones. Histeria de masas, inconsciente colectivo o algo así. Estúpido. Pero moderno al menos. Es muy propio del nuevo milenio. —Pareció oscuramente complacido.

—Son estupideces místicas —dijo Laura—. Si era realmente tu Yo Óptimo, deberías haber estado construyendo algo, ¿no? No vagabundeando en busca del Nirvana.

David pareció avergonzado.

—Sólo fue un sueño. ¿Recuerdas ese documental del último viernes? ¿El tipo que vio su PO caminando por la calle, llevando sus ropas, utilizando su tarjeta de crédito? Todavía me queda mucho camino por recorrer. —Miró su tobillo y se sobresaltó—. ¿Qué te has hecho en la pierna?

Ella lo miró también.

—Tropecé con algo dejado en la playa por el huracán. Enterrado en la arena. De hecho, una videgrabadora. —Loretta se despertó, y su pequeño rostro se frunció en un enorme y desdentado bostezo.

—¿De veras? Debía llevar ahí desde el grande del 02. ¡Veinte años! Cristo, puedes coger el tétanos. —Le tendió la niña y fue en busca del botiquín de primeros auxilios del cuarto de baño. En el camino de vuelta pulsó un botón de

la consola. Una de las pantallas planas en la pared parpadeó y cobró vida.

David se sentó en el suelo con flexible gracia y apoyó el pie de Laura sobre sus rodillas. Desató los cordones de su zapatilla y contempló la lectura de su contador.

—Has hecho un maldito tiempo, muchacha. Debes de haber estado cojeando.

Le quitó el calcetín. Laura sujetó a la agitada niña contra su hombro y contempló la pantalla para distraerse mientras David curaba su rasgada piel.

La pantalla mostraba el juego del Worldrun de David..., una simulación global. El Worldrun había sido inventado como una herramienta de previsión para las agencias de desarrollo, pero una versión más sofisticada había hallado su camino hasta el público en general. David, que era propenso a repentinos entusiasmos, llevaba días jugando a él.

Largas franjas de la superficie de la Tierra eran mostradas en una simulación desde un satélite. Las ciudades brillaban verdes de salud o rojas con alteraciones sociales. Crípticos mensajes recorrían el fondo de la pantalla. África era un auténtico lío.

—Siempre es África, ¿no? —murmuró Laura.

—Sí. —David volvió a tapar el tubo de gel antiséptico—. Parece como la quemadura de una cuerda. No ha sangrado mucho. Pronto se formará costra.

—No es nada. —Se puso en pie, sujetando a Loretta y disimulando el dolor en beneficio de él. La carne viva pareció desaparecer poco a poco a medida que absorbía el gel. Sonrió—. Necesito una ducha.

El relófono de David sonó. Era la madre de Laura, que llamaba desde su habitación del Albergue, abajo.

—¡*Gomen nasai*, todos! ¿Qué os parece ayudar a la abuela a dar cuenta del desayuno?

David pareció divertido.

—Bajo en un minuto, Margaret. No coma nada que lleve todavía puesta la piel. —Subieron a su dormitorio.

Laura le dio la niña a David y se metió en el cuarto de baño, que se cerró tras ella.

Laura no podía comprender por qué a David le gustaba tanto su madre. Había insistido en el derecho que tenía de ver a su nieta, pese a que Laura no había visto a su madre cara a cara desde hacía años. David parecía sentir un ingenuo placer en la presencia de su suegra, como si una visita de una semana pudiera eliminar años de no expresado resentimiento.

Para David, los lazos familiares parecían algo natural y sólido, de la forma en que deberían ser todas las cosas. Sus propios padres idolatraban a la niña. Pero los padres de Laura se habían separado cuando ésta tenía nueve años, y ella había sido criada por su abuela. Laura sabía que la familia era un lujo, una planta de ático.

Se metió en la bañera, y la cortina se cerró. El agua calentada por el sol lavó la tensión que había en ella; apartó de su mente los problemas familiares. Salió y se secó el pelo bajo el chorro de aire; cayó de nuevo en su lugar..., llevaba un corte sencillo, corto, con mechas más claras. Luego se miró en el espejo.

A los tres meses, la flaccidez posnatal había sucumbido a su campaña de correr. Los interminables días de su embarazo eran un recuerdo que se desvanecía, aunque la imagen de su cuerpo hinchado aún se asomaba a veces en sus sueños. Había sido feliz la mayor parte del tiempo, pesada y quejicosa, pero resistiendo a base de hormonas maternas. Le había dado a David algunos malos momentos.

—Los típicos cambios de humor —había dicho él, sonriendo con esa fatua tolerancia masculina.

Durante las últimas semanas ambos se habían mostrado nerviosos e inquietos, como los animales de una granja antes de un terremoto. Para intentar superarlo, habían hablado de trivialidades. El embarazo era una de esas situaciones arquetípicas que parecían desarrollar clichés.

Pero había sido la decisión correcta. Había sido el momento correcto. Ahora tenían el hogar que ellos habían construido y el hijo que habían deseado. Cosas especiales, cosas raras, tesoros.

Había devuelto su madre a su vida, pero eso podía tolerarse. Las cosas eran básicamente sanas, ellos eran felices. Nada locamente extático, pensó Laura, pero sí una sólida felicidad, del tipo que ella creía que se habían merecido.

Laura fue apartando ligeramente el pelo mientras se contemplaba en el espejo. Ésas ligeras hebras grises..., no había tantas antes de la niña. Ahora tenía treinta y dos años, llevaba ocho casada. Tocó las ligeras arrugas en las comisuras de sus ojos al tiempo que pensaba en el rostro de su madre. Tenían los mismos ojos: grandes, azules con un destello de verde amarillento. «Ojos de coyote», los había llamado su abuela. Laura había heredado de su padre, ya muerto, la larga y recta nariz y la amplia boca, con un labio superior un poco corto. Sus dientes delanteros eran demasiado grandes y cuadrados.

Genética, pensó Laura. La transmites a la siguiente generación. Luego se relaja y empieza a desmoronarse en ti. Lo hace quieras o no. Simplemente tienes que pagar un poco extra por el derecho a usar el copyright.

Se perfiló los ojos, se dio un toque de lápiz de labios y rojo vídeo. Se puso unas medias, una falda hasta la rodilla, una blusa de manga larga de seda china estampada y una chaqueta de calle azul oscuro. Prendió una aguja con el logo de Rizome en la solapa de la chaqueta.

Se reunió con David y su madre en el comedor del Albergue. Los canadienses, su último día allí, estaban jugando con la niña. La madre de Laura tomaba un desayuno nipón, pequeños pastelillos de arroz prensado y diminutos pescaditos de ojos saltones que olían como queroseno. David, por su parte, se había quedado con lo habitual: comida sintética hábilmente camuflada como natural. Esponjosos

huevos revueltos de imitación, tocino de soja, panqueques de pasta hecha de denso y amarillo escop.

David era un acérrimo partidario de la comida sana, un gran devoto de los alimentos no naturales. Después de ocho años de matrimonio, Laura estaba acostumbrada a ello. Al menos, la técnica estaba mejorando. Incluso el escop, una proteína unicelular, era mejor estos días. Su sabor era correcto, si uno podía olvidar la imagen de las cubas de proteína atestadas de hormigueantes bacterias donde se elaboraba.

David se había puesto su mono. Hoy iba a ir a derribar casas. Había preparado su pesada caja de herramientas y el viejo casco petrolífero de su abuelo. La perspectiva de hurgar en las casas —un trabajo muscular sucio y pesado— siempre llenaba a David de un entusiasmo infantil. Arrastraba las palabras más de lo habitual, y puso salsa picante a los huevos, dos signos infalibles de su buen humor.

La madre de Laura, Margaret Alice Day Garfield Nakamura Simpson, llevaba un traje original de Tokio en crepé de china, con un cinturón del mismo material atado en un nudo y con los extremos colgando. Llevaba el sombrero para el sol de paja trenzada, del tamaño de una rueda de bicicleta, atado al cuello. Se hacía llamar Margaret Day, puesto que recientemente se había divorciado de Simpson, un hombre al que Laura apenas conocía.

—Esto ya no es el Galveston que yo recuerdo —dijo la madre de Laura.

David asintió.

—¿Sabe lo que yo echo a faltar? Echo a faltar las ruinas. Quiero decir, yo tenía diez años cuando golpeó el gran desastre. Crecí en las ruinas en la parte de abajo de la isla. Todas esas casas de la playa, derribadas, barridas, arrojadas a un lado como dados... Parecía algo infinito, lleno de sorpresas.

La madre de Laura sonrió.

—¿Es por eso por lo que te quedaste aquí?

David bebió un poco de su zumo del desayuno, procedente de una mezcla de polvos y cuyo color no se hallaba en la naturaleza.

—Bueno, después del 02, todo el mundo con algo de buen sentido se fue. Quedó mucho más sitio para nosotros, los reacios. Nosotros, los NEll, los Nacidos En La Isla, somos una raza extraña. —Sonrió tímidamente—. Para vivir aquí, uno ha de poseer una especie de estúpido amor hacia la mala suerte. Isla Malhaldo, ése fue el primer nombre de Galveston, ¿sabe? Isla de la Mala Suerte.

—¿Por qué? —dijo cortésmente la madre de Laura. Le estaba siguiendo la corriente.

—Cabeza de Vaca la llamó así. Su galeón naufragó aquí en 1528. Estuvo a punto de ser devorado por caníbales. Los indios karankawa.

—¿Oh? Bueno, los indios debían de tener algún nombre para el lugar.

—Nadie lo sabe —dijo David—. Fueron barridos todos por la viruela. Auténticos galvestonianos, supongo..., mala suerte. —Pensó en ello—. Una tribu muy extraña, los karankawa. Acostumbraban embadurnar sus cuerpos con grasa rancia de cocodrilo..., eran famosos por su olor.

—Nunca he oído hablar de ellos —dijo Margaret Day.

—Eran muy primitivos —explicó David, mientras pinchaba con el tenedor otro panqueque de escop—. ¡Comían inmundicias! Enterraban a un ciervo recién muerto durante tres o cuatro días, hasta que se ablandaba lo suficiente, y entonces...,

—¡David! —dijo Laura.

—Oh —murmuró David—. Lo siento. —Cambió de tema—. Debería venir con nosotros hoy, Margaret. Rizome tiene un pequeño buen negocio colateral con el gobierno de la ciudad. Ellos condenan, nosotros rascamos, y es enormemente divertido. Quiero decir, no es dinero serio, no según los estándares *zaibatsu*, pero hay mucho más en la vida que la línea de fondo.

—«Ciudad Alegre» —dijo la madre de Laura.

—Veo que has estado escuchando a nuestro nuevo alcalde —observó Laura.

—¿No os preocupáis por la gente que está viniendo a Galveston estos días? —preguntó de pronto la madre de Laura.

—¿Qué quieres decir? —quiso saber Laura.

—He estado leyendo acerca de este alcalde vuestro. Es un personaje más bien extraño, ¿no? Un ex barman con una gran barba blanca que lleva camisas hawaianas a la oficina. Parece estar saliéndose de su camino para atraer..., ¿cuál es la palabra?, los elementos marginales.

—Bueno, ésta ya no es una auténtica ciudad, ¿no? —dijo David—. Ya no hay industria. El algodón ha desaparecido, el comercio naval ha desaparecido, el petróleo desapareció hace mucho tiempo. Casi todo lo que nos queda es venderles cuentas de cristal a los turistas. ¿Correcto? Y un poco, hum, de exotismo social es bueno para el turismo. Cabe esperar que una ciudad turística sea llevada de una forma un poco rápida y suelta.

—¿Así que te gusta el alcalde? Tengo entendido que Rizome respaldó su campaña. ¿Significa eso que tu compañía apoya su política?

—¿Quién pregunta? —exclamó Laura, irritada—. Madre, estás de vacaciones. Deja que la Compañía Marubeni halle sus propias respuestas.

Las dos mujeres se miraron por un momento.

—*Aisumasen* —dijo finalmente su madre—. Lo siento mucho si ha parecido que estaba curioseando. He pasado demasiado tiempo en el Departamento de Estado. Todavía sigo teniendo los reflejos. Ahora que estoy en lo que ellos llaman entre risas la empresa privada —depositó sus palillos cruzados sobre su plato y alargó la mano para coger su sombrero—, he decidido alquilar un bote de vela hoy. Dicen que hay una central mar adentro..., algo a lo que llaman CEPO, o algo así.

—CETO —corrigió David con aire ausente—. La central de energía. Sí, es una bonita excursión.

—Entonces nos veremos para la cena. Sed buenos los dos.

Cuatro canadienses más aparecieron para desayunar, bostezando. Margaret Day se filtró entre ellos y abandonó el comedor.

—Parece como si le hubieras pisado los dedos de los pies —dijo suavemente David—. ¿Qué hay de malo con Marubeni? Una decrepita compañía comercial nipona. ¿Crees que enviaron a la abuela de Loretta para robarnos nuestros microchips o algo así?

—Es una huésped de Rizome —dijo Laura—. No me gusta que critique a nuestra gente.

—Se marcha mañana —dijo David—. Deberías ser un poco más amable con ella. —Se puso en pie y tomó su caja de herramientas.

—De acuerdo, lo siento —dijo Laura. No había tiempo para discutir aquello en estos momentos. Había que trabajar.

Saludó a los canadienses y cogió a la niña. Formaban parte de un ala de producción de una subsidiaria de Rizome en Toronto, de vacaciones como recompensa por un incremento en la producción. Eran testarudos pero alegres.

Entró otro par de huéspedes: el señor y la señora Kurosawa, de Brasil. Eran brasileños de cuarta generación, que trabajaban en Rizome-Unitrika, una rama textil de la firma. No hablaban inglés, y su japonés era sorprendentemente malo, lastrado con palabras portuguesas y mucho agitar de brazos latino. Felicitaron a Laura por la comida. Era su último día también.

Entonces llegaron los problemas. Aparecieron los europeos. Eran tres, y no eran gente Rizome, sino banqueros de Luxemburgo. Había una conferencia de banqueros allí al día siguiente, un acontecimiento importante en todos los